

Vengo de todas partes

Graziella Pogolotti

*L*a metáfora del viaje acompaña la vida y la obra de Alejo Carpentier. Instalado en Caracas, donde dispuso por primera vez de los medios para entregarse a la creación literaria, aprovechaba las vacaciones para visitar La Habana y mantener vivo el contacto con los amigos y con la realidad político-cultural de su país. De esa manera, renovó en forma natural los nexos con el ambiente literario y musical de la isla. Conoció de primera mano el trabajo de los compositores de Renovación Musical y a los poetas del grupo Orígenes. El ámbito de las amistades, fiel al recuerdo de los compañeros de lucha en los días de la primera vanguardia, se abrió hacia una generación más joven. Fallecidos prematuramente Alejandro García Caturla y Amadeo Roldán, los interlocutores de la generación siguiente incluían a Hilario González, Harold Gramatges y al muy entrañable Julián Orbón. En otro terreno, el grupo fundador de la Revista de Avance se dispersó y algunas promesas de entonces se malograron. Lezama devino su corresponsal asiduo. Lo introdujo a sus discípulos, en particular a Fina García-Marruz y Cintio Vitier.

A punto de salir de la infancia, yo vivía con mis padres en una callejuela de La Habana Vieja. Esperaba el regreso de Carpentier, portador de historias fantásticas, más atractivas que las novelas de Julio Verne. Eran las aventuras del alto Orinoco, redescubrimiento o reinención de América. Así, a lo largo de la vida nos cruzamos muchas veces. Alejo era siempre el que llegaba de alguna parte. Poco importaba que, instalado en París fuera representante diplomático cubano. Le fascinaban las nuevas costumbres introducidas por el desarrollo de la aviación civil, su sentido del viaje residía en la capacidad de aguzar la mirada para interrogar lo excepcional y advertir lo insólito en lo cotidiano. De ese impulso básico nace su creación toda, que incluye el periodismo, la narrativa, la

prosa reflexiva. Es también el modo de asimilar los saberes de la modernidad en el amplísimo espectro que abarca historia, antropología, arquitectura, musicología, claves para descifrar los códigos del mundo que nos rodea.

Los estudios carpenterianos vuelven una y otra vez sobre el tema del surrealismo. A mi entender, para el novelista cubano, el encuentro casual con Robert Desnos, trampolín para el acercamiento al entorno de André Breton, favoreció la apertura de ventanas imprevistas hacia la aventura del conocimiento. Crítico de ciertos proceder artificiosos para la fabricación de lo insólito, Carpentier se apropió del acercamiento desprejuiciado a la realidad y de la capacidad de soltar las amarras del discurso del método para adentrarse en el ámbito liberador de la asociación libre. Podía entonces preservar la posibilidad de sorprenderse en el mercado de las pulgas y en los vericuetos de La Habana, ciudad conocida desde su infancia.

El paso de Carpentier por el surrealismo constituyó una experiencia vital, enriquecedora de las ideas y de la sensibilidad. No hubo inmersión total, ni ruptura dramática. Por su rechazo a la música y su indiferencia ante el universo latinoamericano André Breton nunca le resultó simpático. Pero mantuvo un intercambio activo con aquellos compañeros de viaje que un día se distanciaron del maestro como Desnos, Michel Leiris y Pierre Mabille, entre otros.

El mundo que nos rodea parece haber estado ahí desde los tiempos más remotos. Miradas sucesivas revelan colores y en el universo silencioso los sonidos despiertan y adquieren sentido. De ahí que, en todo descubrimiento intervienen la afinación y la capacidad de inventar. En la obra de Carpentier ¡Écue-Yamba-Ó! expresa, de manera todavía algo rudimentaria, la intersección de interrogantes en constante renovación. Se percibe ya el modo de bosquejar el acercamiento a una cultura, el perfil de la condición humana apresada entre sociedad, historia y mito, junto a la difícil tarea del subalterno en su intento por cobrar una conciencia de sí de la que ha sido despojado. A través de ese proceso, se eslabonan los perfiles de Menegildo Cué y Ti Noel hasta alcanzar la cantata triunfante de Concierto barroco.

Todavía inconexos, los elementos que habrán de constituir el universo carpenteriano aparecen distribuidos a lo largo de un tablero en ¡Écue-Yamba-Ó! Mito e historia rigen el destino de un personaje arrastrado por las circunstancias e incapaz de descifrar sus señales. En ruptura con la novela latinoamericana de la tierra, la acción se desplaza del campo a la ciudad, infierno tentador al que sucumben los incautos, territorio de vencedores y vencidos. En ese viaje iniciático, Menegildo cree saber. Más tarde, otra vez atrapado entre mito e historia, en tránsito permanente por las tierras de Cuba, Ti Noel circula atónito en el ámbito del no saber, aunque el narrador que lo acompaña advierte un nexo entre el llamado de los grandes Loas y la lucha por la emancipación. El reconocimiento de sí es un camino que se constituye en la tarea asumida por los hombres en el reino de este mundo.

El universo mítico atraviesa Los pasos perdidos. Es un juego dialógico de correspondencias. La metáfora del viaje cristaliza en El siglo de las luces. En el barco que lo conduce a las Antillas, Esteban observa el contrapunto entre la guillotina y las constelaciones que guían el camino en la cultura marinera. Su léxico desenfadado evoca el sabor, el colorido y el rancio olor de los puertos. En un Cristóbal Colón que se confiesa sin confesarse del todo ante la realidad última de la muerte, los mitos se evaporan. En más de un sentido, el Gran Almirante es hijo de la historia, de los saberes de variada procedencia de una Reconquista recién terminada, lista ya la corona para otras empresas. Hijo inevitable de la historia, el personaje lo es por el modo de aproximarse a la verdad. Aun en el lecho de muerte, se atiene a las cautelas del cortesano. Constituye también razón histórica el modo de considerar la existencia cierta de un porvenir en el que, autor reconocido de una hazaña., permanecerá como una sombra inquietante, sujeta a permanente enjuiciamiento según la tabla de valores de cada momento.

Alejo siguió cumpliendo su tarea de hombre hasta el último momento de su vida. Lo visité en París pocas semanas antes de su muerte. Su voz era ya un frágil silbido. Conversamos. Me preguntó si quería dar un paseo por París, una ciudad que ya no era la suya, ni tampoco la mía. La guerra había asestado el golpe decisivo al Montparnasse de los treinta. Las boutiques invadieron el Barrio Latino de las librerías, los cineclubs y los estudiantes llegados de todas partes en los cincuenta. Pensé en un lugar inmovilizado en un tiempo más remoto, la Place des Vosges. Con Lilia al volante, atravesamos el tráfico ciudadano, llegamos a Montmartre para bajar al ámbito silencioso del siglo XVII. Al pasar junto al Châtelet, Alejo me mostró una supervivencia del pasado. Era un establecimiento donde antaño compartía con mi padre los últimos centavos en una jarra de cerveza antes de echar a andar, bien cerrada la noche, hacia el Hôtel du Maine.

La Fundación Alejo Carpentier conserva el testimonio de su quehacer final: son las páginas de la "Verídica historia" de Pablo Lafargue y los libros consultados por el narrador para perfilar el rostro humano de un personaje que lo venía persiguiendo desde los tiempos de la primera vanguardia cubana. Al cabo de una jornada intensa, Alejo cayó de bruces.

